vicario de Jesucristo? Hombres de poca fe, ¿por qué dudamos? Levántense las olas, bramen los vientos; la navecilla no perecerá: vivamos tranquilos; Jesucristo la dirige, él la conducirá á puerto de salvacion. Procuremos no hacernos indignos de servirle de instrumento; con abundancia de doctrina y santidad de costumbres, procuremos ser faz del mundo y sal de la tierra, y no dejemos estrechar nuestro corazon con temores infundados. Que las ciencias progresen, que los intereses materiales se desenvuelvan, que los imperios se hundan, que los sistemas políticos se trasformen, nada debe arredrarnos: la verdad permanecerá, los cielos y la tierra pasarán; las palabras de Jesucristo no pasarán. ¿Qué sabemos nosotros de los secretos de la Providencia? ¿Qué sabemos de los caminos por donde. . . . . (1)

(1) El autor no dejó escrito mas original sobre este asunto.
[*Nota del Editor.*]

INFLUENCIA

DE LA SOCIEDAD EN LA POESIA. (*)

Un sordo vaiven agita en la actualidad las sociedades europeas, y aun todas las del mundo civilizado, y este vaiven es la duda que se ha filtrado hasta sus primeros cimientos: cierto que la duda social es como la duda del individuo, un principio de oscilacion y mudanzas, un desasosiego, una inquietud que no puede calmarse sino por un momento con las convicciones de la verdad ó la obstinacion en el error. Sin embargo, esta oscilacion, tan fatal para lo presente y que parece alarmante para el porvenir, no es ahora de mal agüero, y para los hombres observadores es un motivo de halagüeñas esperanzas. La sociedad francesa, verdadero corazon de la sociedad europea, y cuyas pulsaciones deben observarse con mucho cuidado, si se quiere comprender la verdadera situacion de Europa y de toda la civilizacion, dudaba en tiempo de la Regencia, en el reinado de Luis XV, y duda no menos en el reinado de Luis Felipe: la situacion es semejante, pero el órden es inverso: entonces era un hombre de buenas ideas á quien la duda pervierte; ahora es un hombre cansado de errores y estravíos, que duda de las erradas máximas que habia abrazado con entusiasmo, y que se afana por la verdad, por un punto de apoyo en que pueda reposar de sus errores y desdichas: entonces rodaba por una pendiente suave, pero peligrosa, que la conducia lentamente á la inmoralidad, al ateismo y á los horrores de la Convencion: ahora marcha tambien lentamente, pero es há-

(1) Esta reseña sobre la *Poesía* y las siguientes acerca de la *Escuela de Voltaire*, *Relaciones entre la Sociedad y la Literatura* y *Apuntes sobre Chateaubriand*, estaban escritas en un mismo cuaderno hacia ya algunos años, y databan—segun creemos, de 1838, pues dejó de publicarse á fines del mismo *La Paz*, periódico que solo vió la luz pública durante algunos meses y á que hace referencia el último de dichos artículos.
[*Nota del Editor.*]

cia la Religion, hácia la moral, y á la felicidad pública y doméstica. Muchos años ha que observadores profundos columbraron ya esta restauracion moral y religiosa: grandes sacudimientos que han sobrevenido despues en varios pueblos de Europa, han parecido deshacer la realidad de sus previsiones; pero el sucesivo desarrollo de los hechos, encadenados entre sí con un órden admirable, va confirmando cada dia la esactitud de sus cálculos, y no hay que dudarlo, tarde ó temprano una esperiencia completa vendrá á comprobarlos.

Cuando se quiere estudiar la sociedad, cuando en los hechos pasados y presentes se quiere leer el porvenir, es preciso encumbrarse muy alto para no respirar la atmósfera de hechos particulares, para no ver el poema en un episodio, para no equivocar la naturaleza y dimension de los sucesos á causa de haberse colocado en un punto de vista poco dominante, y rodeado tal vez de negra humareda, ó como de masas informes de espesa niebla que se arrastran por las faldas de los montes, rechazadas por los rayos del sol. Si queremos acertar el porvenir de la sociedad, observemos el curso de las ideas, el giro de los sentimientos, las necesidades de la época, los hechos capitales é importantes, no los sucssos mas ruidosos, sino los de un influjo mas general, mas fuerte y duradero; lo demás es querer coger el hilo del drama por un lance suelto y de mezquino resultado, es confundir la idea y los sentimientos del poeta con la música estrepitosa que resuena tal vez en los intervalos.

La poesía, esta espresion de la sociedad, empezó á principios del presente siglo á tomar un giro religioso, y lo sigue hasta ahora, y lo continuará en adelante; y este hecho á que pocos dan toda la importancia que se merece, esplica mas cosas que otros sucesos los mas estrepitosos, y tiene ya ahora y tendrá en adelante mas grandes resultados que todos los planes y combinaciones de los hombres. Los hombres no son nada; los hechos lo son todo: los proyectos del hombre se disipan como un leve vapor sorprendido en los aires por el furor del huracán; y la Providencia parece complacerse en manifestar el polvo, la nada de las obras que aquel en su insensato orgullo soñara de estension inmensa y de duracion eterna. Pero qué, ¿es la poesía capaz de fijar las miradas del observador, cuando se quiere evaluar el estado de la sociedad, cuando se quiere penetrar en los arcanos del porvenir? Voluble como una exhalacion flotante en la imensidad del espacio, rodeada de seres ideales y producciones fantásticas, hija del fervor, del entusiasmo, y amoldada en los caprichos de bellos delirios, ¿puede espresar alguna realidad social, puede servir de punto fijo, de norte para conocer las tendencias de la época, puede ser un rayo de esperanza para la generacion naciente, una gota de consuelo para la que desciende al sepulcro? ¿Qué es la poesía? ¿Dónde está? ¿Quién la conoce? ¿Quién ha demarcado sus límites ni fijado su naturaleza? ¿Y cómo es posible que una vana sombra que solo se alimenta de ilusiones, que pasa delante de los hombres cubierta con un velo misterioso é impalpable, bañada de una luz celestial y centelleante como la plata, el oro y los diamantes, pueda tener un influjo en los grandes destinos de la sociedad, exentos de la influencia de todo lo que no sea realidad, robustez é importancia? Así hablarán algunos hombres, y hablen así enhorabuena aquellos para quienes es la sociedad un conjunto de hombres, sin otras relaciones que las nacidas de las necesidades materiales; para quienes es el pensar del hombre una sensacion, y su corazon una tabla de cálculo; para quienes no hay ni bellezas morales ni realidad en los encantos de la virtud, ni fealdad ni negrura en el vicio; para quienes no hay ilusiones en la cuna ni esperanza en el sepulcro: sus voces destempladas se ahogarán con el vigoroso sonido de armonías celestiales que existen entre la sociedad y la religion, entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre; y su palabra venenosa será sofocada, disipada, anonadada por la palabra verdad: como allá en los encantados paises del Oriente el aliento fétido y venenoso de un reptil se pierde y aniquila entre la fragancia aromática, rociada con las suaves exhalaciones de un verjel delicioso. ¿Qué importa que no pueda definirse la poesía? ¿Dejará por esto de ser una realidad, y una realidad de alta trascendencia? ¿Quién ha definido jamas un corazon maternal? ¿y es por esto una vana ilusion? ¿no es un hecho á que debemos nuestra vida, y la sociedad su existencia? Menguado es el hombre que todo quiera definirlo: menguado es el hombre que no quiere apoyarse en hechos muy reales solo porque están envueltos con bellezas ideales y fantásticas: este hombre no conoce ni la naturaleza, ni el corazon, ni el entendimiento; es un miope que ha visto tal vez alguna ciencia, pero no el orbe científico; ha visto un levísimo perfil, y ha creido contemplar la fachada del edificio y la totalidad de sus partes. Quien al tratar de cuestiones poéticas, morales y religiosas pone siempre de parte el corazon; quien afecta llevar el compás matemático sobre aquellos asuntos que abundan en inspiracion y sentimientos, es para mí tan ridículo como el que dijera que para adelantar y no tropezar en los escabrosos senderos del cálculo diferencial é integral, el método mas seguro y espedito es entregarse al vuelo de la fantasía y á los impulsos del corazon. Bástame saber que la poesía es una espansion del alma en que impulsada por una inspiracion misteriosa que se derrama en armoniosos acentos, retrata los grandes espectáculos y las bellezas de la naturaleza, las escenas de la sociedad, bañando sus cuadros de los sentimientos que esperimentara al presenciar ó recordarlos; ó que espresa tal vez una creacion ideal, un nuevo mundo que viera su mente en un arrobo divino, ó que afectara su corazon con un latido celeste. Esto solo me basta para conocer su importancia, para confesar su realidad, para señalarle un puesto distinguido entre los fenómenos que espresan la sociedad y que anuncian con mas certeza los destinos de su porvenir: sí, porque nada hay mas real y

verdadero que el corazon: no hay espresion mas cándida y sencilla que la dictada por el fuego de la fantasía y el impulso del entusiasmo. Pero bien, ¿son acaso los poetas la sociedad? ¿Tienen acaso en sus manos los destinos de los demas hombres? No; pero se forman en la sociedad: esta les inspira, les comunica sus necesidades, les participa sus ideas y sentimientos; y cuando se cree que ellos se abandonan al fuego de su inspiracion, al impulso de su entusiasmo, cuando se cree que sus creaciones son únicamente la obra de sus manos y que las formas con que las revisten y adornan son hijas únicamente de la índole de su carácter ó del giro de su fantasía, no hacen mas que espresar las ideas, los sentimientos, hasta los modales de la sociedad en que viven: y si estas no se conocen y no se palpan, es porque su lenguaje es sobre el lenguaje comun de los hombres; es porque las verdades pasan á ser en su boca inspiraciones celestes; es porque las necesidades se presentan bajo formas mas grandiosas y trascendentes; es porque el giro de su espresion está envuelto en una armonía divina, cuyas relaciones y contacto con las espresiones de los demas hombres solo puede percibir un oido formado; así como solo puede comprender perfectamente el sentido de sus sublimes palabras y sentir todo el fuego de sus sentimientos, un hombre dotado de una elevada mente, de una imaginacion animada y de un corazon de llama.

Como el hombre no puede dejar de respirar el aire que le rodea, tampoco puede sustraerse al influjo de la sociedad en que vive: aun los genios mas eminentes han sentido siempre esa influencia; y cuando la han contrariado, cuando han creido que iban á darle un nuevo curso, ellos mismos no eran mas que una espresion de la necesidad que existia en ella, un órgano para anunciarla, un medio para desarrollarla á la vista de los hombres, un instrumento para llevar á cabo los medios de satisfacerla. Se ha dicho que los grandes genios cambian á veces la direccion de la sociedad, y sucesos de la mayor importancia se atribuyen á un solo hombre. Yo pienso de otro modo: sin negar el influjo que puede tener y ha tenido repetidas veces el genio de un hombre en cambios religiosos y políticos de la mayor importancia, creo sin embargo que hay sobre esto una equivocacion muy grande en no pensar que aquellos genios nacieron del conjunto y combinacion de circunstancias en que se hallaba la sociedad, que á ellos se debió el desarrollo de sus ideas y sentimientos, y el resultado obtenido por sus proyectos y esfuerzos. Con la historia en la mano podrá comprobarse semejante aserto; y si se lee con cuidado, se observará que han bastado á veces hombres medianos para cambiar el aspecto social de un pueblo, y tal vez de muchos. Vamos á los hechos: Lutero, un solo hombre, un hombre que ciertamente no era un genio, pero que á un talento mas que mediano reunia una exaltacion sin freno, un arrojo sin límites y una espresion de hierro en ascuas; pues este hombre con sus errores, con sus peroratas frenéticas hizo en Europa una revolucion

religiosa de tanta estension, de tan inmensas y fatales consecuencias, que dudo mucho pueda señalarse en la historia otro hecho que le exceda en la estension de sus resultados, así en el órden religioso como en el moral y político. ¿Y por qué tuvo la empresa de Lutero un efecto tan descomunal, mayor de lo que él mismo pudiera imaginarse? porque era la ocasion mas oportuna y favorable; porque un conjunto de circunstancias aciagas cobijaban en el seno de la Europa el gérmen de tan grandes males; porque Lutero no fue mas que una centella que tocó en combustible preparado; porqué no se necesitaba otra cosa para causar una esplosion terrible que pusiera en conflagracion espantosa los cuatro ángulos del mundo civilizado. Y qué, ¿es esto una vana ilusion, un cálculo formado sobre el vaiven de conjeturas fantásticas? Ahí está un hecho: aun tardó muchos años á nacer Lutero, y el cardenal Julian escribiendo al papa Eugenio IV pronosticaba tan á la letra la dilatada serie de desastres que se verificaron luego despues, que habiendo leido los disturbios y los horrores en que se vió envuelta la Europa por el heresiarca aleman, la sangre se hiela en las venas y los cabellos se erizan de asombro y espanto, al oir el tono robusto y profético con que se dirige al pontífice aquel grande hombre.

Voltaire mismo, á cuya fecunda y flexible pluma debió la impiedad sus grandes progresos, no fué mas que un completo de causas amontonadas ya de antemano; y creyendo deberlo todo á su pluma y á sus talentos, lo debia todo á las circunstancias de la época. Leibnitz pronosticaba la revolucion religiosa y política sin pensar en Voltaire, aun antes de que naciera el filósofo de Ferney. Es preciso desengañarse, es preciso atribuir mucho á la serie de los sucesos y de las cosas, poco, muy poco al hombre y á sus talentos. La Providencia va dirigiendo la sociedad por los senderos trazados en el abismo de sus arcanos: los hombres que con sus talentos y sus virtudes producen grandes bienes, son estrellas brillantes y benéficas que se complacen en esparcir de vez en cuando en el firmamento social: los hombres que la trastornan son cometas de mal agüero arrojados en el espacio para espanto de los pueblos, exhalaciones fatales que se levantan del seno de una sociedad corrompida y que el Eterno permite que se inflamen en el aire con esplosion espantosa, para que derramen el terror, el veneno y la muerte sobre la misma sociedad que los cobijaba en la fermentacion de sus apestadas entrañas. Pero dejemos estas reflexiones, que aunque aplicables á todas materias lo son en grado eminente á la poesía; dejémolas aun cuando ellas solas bastarian para establecer el aserto de que el poeta es siempre mas ó menos una viva espresion de la sociedad en que vive, y que sus creaciones son siempre el resultado del ambiente que respira. Pasemos de las consideraciones generales á las observaciones meramente literarias: no se diga que huimos el cuerpo al verdadero punto de la cuestion, y que gustamos de llevar el entendimiento á cumbres elevadas para alejarnos de la rea-

lidad, y entregarnos á vanas conjeturas ó suposiciones aventuradas, á pruebas de imaginacion y de sueño. Abramos la historia de la p oesía y veamos lo que nos dicen sus páginas. Las poesías que nosotros conocemos, que forman época en los fastos literarios, aquellas sobre cuyas relaciones con sus respectivas sociedades podemos pronunciar nuestro fallo porque tenemos delante de nuestros ojos sus obras maestras y porque han llegado hasta nosotros la religion, los usos y costumbres de los pueblos en cuyo seno nacieron, son la poesía hebrea, la griega, la romana, la de los siglos medios, la italiana y española en la época de la restauracion literaria, la del siglo de Luis XIV, el reinado de Voltaire, y por fin la poesía de nuestro siglo.

La poesía hebrea, como inspirada por Dios, pareciera deber escluirse de esta reseña y exámen literario; porque no parece que pueda dirigirnos en las investigaciones literarias y humanas aquellas obras que dictara una inspiracion divina. Esta reflexion que á primera vista pudiera presentar algun embarazo, se disipa con la sola observacion de que Dios se acomodaba al genio y á las costumbres del pueblo para quien se escribian, y que así como se dirigia á ellos en lengua hebrea, se dirigia tambien en lenguaje hebreo, y así el giro de la espresion, el fondo y colorido de los cuadros, la naturaleza de la forma, la índole de los sentimientos, y en fin, todo cuanto forma parte de la poesía, todo puede mirarse como verdaderamente nacional y hebreo. A mas de que si en la poesía de este pueblo se hallan marcados los caractéres de la nacion hebrea, si en ella se halla una verdadera espresion de su religion, de sus usos y costumbres, y en ella se hallan retratados el entendimiento, la fantasía y el corazon hebreo tales como debieron formarles el orígen, los sucesos y la vida de este pueblo, entonces el carácter divino de su poesía dará inmenso peso á la verdad de la reflexion que vamos desarrollando; pues que será sin duda una gran verdad aquella que ha realizado con su ejemplo aquel en cuyo seno están todas las verdades, aquel que ciertamente conoce al hombre y sus relaciones, pues que formó el corazon y que inspiró en su semblante un soplo de vida. Veámoslo. ¿Qué pueblo era el hebreo? Mecida su cuna en la cabaña pastoril, en la tienda de un errante viagero ó bajo la palmera del desierto, esclavizado en su infancia bajo el cetro de hierro de Faraon, libertado por la mano del Todopoderoso á fuerza de estupendos prodigios, habia visto el Egipto agobiado de plagas y cubierto de luto y de sangre por el dedo del Omnipotente, y humillada la sabiduría y el poder del Egipto por la vara de un pastor misterioso venido de los desiertos de Madian: el mar, divididas sus aguas, se habia puesto como un muro por ambas partes para franquearle paso en su fuga, y para tragar en seguida á Faraon con todo su ejército: delante de sus ojos habia marchado de noche una columna de fuego, á sus ojos se habia levantado la llama y humareda de Sinaí; y marchando por espacio de cuarenta años por un inmenso desierto, habia suspirado siempre por la tierra de Palestina, en que habian peregrinado Abraham, Isaac y Jocob. Conducido finalmente á ella al través de mil sangrientas peleas é inefables milagros, vivia solo, aislado, en guerra perenne con sus vecinos, y separado enteramente de ellos por sus leyes, su religion y sus costumbres. Lleno de las mas grandes ideas del poder de la Divinidad, inculcadas estas por la vista de estupendos prodigios, robustecidas y avivadas por las grandes escenas de la naturaleza y por la peregrinacion de 40 años en el desierto; objetos grandiosos rocordados á cada paso por un sinnúmero de majestuosas ceremonias y simbólicos sacrificios, esperando siempre la venida de un hombre estraordinario en cuyo nacimiento estaba encerrado el porvenir del universo; es evidente que su mente debia ser elevada hasta lo mas sublime, que su fantasía nada podia tener de pueril ni endeble, y que flotante en grandiosos recuerdos y la esperanza de un inmenso porvenir, debia ser grande y fecunda como la naturaleza, tal vez undulante como las olas del océano, tal vez pronta y centelleante como el rayo que hiende las nubes en medio de una noche tenebrosa. Como no habia sentido jamás las delicadas impresiones de la vida muelle que señorea en las sociedades cultas, y llamado siempre al pié de las aras ó á la tienda del campamento guerrero, no podia gozar por mucho tiempo las dulzuras de la sociedad doméstica, no podia nutrirse en su pecho aquel caudal de apacibles sensaciones, de blandos sentimientos que hormiguean entre los pueblos de una vida meramente doméstica; y avezado á respirar el humo majestuoso del incienso ó la sanguinosa polvareda del combate, sus sentimientos debian ser profundos y terribles: en hablando de Dios la sangre debia helársele en las venas, y debia hundir su frente en el polvo: hablando de sus enemigos debia recordar tantas sangrientas refriegas, imprecándoles con voz enérgica la humillacion, la ruina y la muerte; y conmovido de continuo con grandes sucesos y agobiado de colosales recuerdos, debia latir siempre con energía y robustez aun en medio de pacíficos intervalos, como el hueco bronce que herido por otro bronce conserva largo tiempo un estrecimiento sonoro y vigoroso. Su espresion en nada podia parecerse á la de otros pueblos: sencilla como el lenguaje de la infancia y robusta como la voz del hombre del desierto; sin afectacion en sus giros, sin primores delicados en sus maneras, debia ser suelta y ligera como la cierva en el bosque, fuerte como el rugido de la leona, como la voz del trueno en la tormenta; animada, instantánea como el rayo de luz que penetra en un abismo. Una alegría ruidosa como el estrépido de una música que resuena en medio de una fiesta numerosa; un pavor natal como el que sobrecoge al viajero sorprendido por horrenda tempestad en la inmensidad de un desierto; una melancolía clamorosa como la de un pueblo sentado sobre los ensangrentados escombros de sus hogares; una esperanza viva y exaltada como la de un niño que espera un objeto de la mano de su madre: he aquí

algunos de los caractéres que debia tener el pueblo hebreo: ¿lo espresa así su poesía? léase la Biblia.

La poesía griega, la del tiempo de Homero, la lira que resonaba en medio del pueblo heleno cuando se adelantaba hácia la cultura, pero que conservaba aun algunos caractéres de la tosca fisonomía de los antiguos pelasgos, es una poesía rica y lozana como lo era la naturaleza que se ofrecia á los ojos del vate; fuerte y robusta como los brazos de los atletas que luchaban en los circos, animada y fecunda como la fantasía de los habitantes de un clima encantador y risueño, falsa y estravagante como sus altares y su cielo. Adulteradas las primitivas tradiciones con mil fábulas ridículas, confundidas las mas sublimes verdades en un caos de ridiculeces importadas de la Fenicia y Egipto, y bañadas luego con el colorido fresco y animado de la Grecia, presenta Homero un cuadro elevado y sublime; pero mojado su pincel con un licor destemplado, lo afea luego con la falsedad de sus colores, y como si se le cayeran graves y descompasados borrones. Y esto es una verdad, por mas que se alarmen los idólatras de Homero; no hay belleza sin verdad: y un conjunto de estravagantes delirios, jamás puede ser verdadero. Pero ¿qué trato yo de negar á Homero la palma inmarcescible que ha empuñado por tanto tiempo? No; pero no le admiro ciegamente, y me rio de los hombres que se empeñan en presentarle como único modelo, y me compadezco de los que se figuran que basta para todo el haber leido la Iliada. Así, por mas que me canse no me lo puedo figurar como el límite del alcance humano entre antiguos y modernos. Dígase enhorabuena que Homero es bello cuando pinta la escenas de la naturaleza; delicado é inimitable cuando derrama como bálsamo aromático los suaves sentimientos del corazon: que es sublime, terrible, cuando retrata en un rasgo el poder de Júpiter, el furor delirante de un combate ó la furia de los elementos desencadenados: dígase que escribió como podia escribir en su tiempo, y en esto quedará secundada mi idea principal: pero suponerle el manantial de todo lo bueno, un modelo inasequible, es una exageracion inescusable, un verdadero fanatismo literario. En una palabra, Homero debia entusiasmar al pueblo griego, porque era su espresion poética; debia gustar á los romanos, porque teniendo grande analogía con sus ideas, era además un retrato algo parecido á costumbres antiguas cuya memoria estaba muy reciente en sus monumentos y tradiciones; mas pretender que produzca semejante efecto entre los modernos, es no conocer ni la poesía, ni la sociedad, ni los hombres; es pretender que la Europa actual se levante en masa para vengar el desacato de Páris y Helena. Como en tiempo de Horacio las ideas y las costumbres habian ya sufrido una revolucion muy grande, cuando el autor del arte poética leia los poemas de Homero, ya sentia de vez en cuando que se le caian de las manos: "Quandoque bonus dormitat Homerus," decia en tono festivo y altamente enfático. Y desenganémonos: para nosotros

dormita mucho mas; y el entusiasmo que escita las mas veces, es un entusiasmo facticio, hijo de la idea de que uno lee lo mejor que existe; y es claro que uno se avergonzaria de no sentir tanta belleza y sublimidad: es claro que uno se esforzará en estudiarse á sí mismo, para no formar bajo concepto de su gusto; y que si es necesario, aun cuando el corazon esté frio como un hielo y la mente fastidiada y empalagada de tantos dioses extravagantes como hormiguean en sus páginas, procurará una admiracion asombrosa y un insaciable anhelo de leer, para evitar con tamañas arterías la nota de ignorante, grosero y menguado. Ah! cuánta verdad hay en estas observaciones! pongámonos la mano sobre el pecho.

La poesía romana presenta un carácter muy distinto de la griega: ni la alcanzó en sencillez y naturalidad, ni se le igualó en belleza, ni tiene la apreciable calidad de espresar tan exactamente las ideas, las costumbres ni la fisonomía del pueblo á que pertenecia. Para que no se extraviaran las jóvenes en sus composiciones poéticas, les dirigia Horacio aquellas tan sabidas palabras: "Vos Exemplaria græca, nocturna versate manu versate diurna." No seré yo el que dispute en esta parte el fino y juicioso discernimiento del autor del arte poética; pero sí diré, que toda poesía imitadora pierde de sus hermosos caractéres, cual es la originalidad, la sencillez y naturalidad, y que es casi imposible que un poeta imitador tenga todo el mérito que tendria si se hubiera abandonado al impulso de sus propias inspiraciones. Convendré fácilmente en que tal vez no cometerá tantos defectos; pero tengo por indudable que marchitará muchas bellezas. Si la poesía es el lenguaje de la inspiracion y del sentimiento, si no ha entenderse por tal una estatua fria y sin alma, si no ha de bastar para ser poeta el que todas las proporciones estén tomadas con regla y compás, es imposible que el que se propone imitar no pierda gran parte de su carácter poético, porque es imposible que no se corte el vuelo á la fantasía y al entendimiento; secando así en su fuente el manantial de las mas esquisitas bellezas. De aquí parece deducirse que la poesía romana, por ser imitada, no posee el carácter que hemos señalado como esencial á toda poesía, cual es el ser una verdadera espresion de la sociedad en que naciera. Hasta cierto punto es innegable la legitimidad de esta deduccion, pero con tal que se limite su estension y se fije su verdadero sentido. La Eneida de Virgilio está muy distante de espresar las ideas y las costumbres del siglo de Augusto; y por esta razon y á pesar de todas sus preciosidades y bellezas, jamas podia llegar á ser una obra verdaderamente nacional, y ni era posible que sus cuadros escitasen entre los romanos un verdadero entusiasmo, para que se apiñara el pueblo en torno de un rapsodista que cantara sus trozos escogidos. Pero á pesar de todo esto, y á pesar de que al través de la Eneida estemos divisando su modelo la Iliada, á pesar de que no sintamos latir el corazon del poeta con el fue-